



EL MALENTENDIDO

de Albert Camus

EL MALENTENDIDO

Albert Camus

PERSONAJES

Marta

María

La Madre

Jan

El Viejo Criado

ACTO I

MEDIODÍA. LA SALA COMUN DEL ALBERGUE. ES LIMPIA Y CLARA. TODO ESTA EN ORDEN.

ESCENA I

LA MADRE: Volverá.

MARTA: ¿Te lo dijo?

LA MADRE: Sí.

MARTA: ¿Solo?

LA MADRE: No sé.

MARTA: No parecía hombre pobre.

LA MADRE: No se ocupó del precio.

MARTA: Está bien. Pero es raro que un hombre rico ande solo. Y es eso lo que dificulta las cosas. El que sólo se interesa en hombres ricos y a la vez solitarios, se expone a esperar mucho tiempo.

LA MADRE: Sí.

MARTA: Este año no ha sido muy bueno. Esta casa está muchas veces desierta. Los pobres no se detienen por mucho tiempo y los ricos que sólo se extravían, vienen de tarde en tarde.

LA MADRE: No te quejes, Marta. Los ricos dan mucho trabajo.

MARTA (*MIRANDOLA*): Pero pagan bien.

SILENCIO

MARTA: Madre, está usted rara. Me cuesta trabajo reconocerla desde hace un tiempo.

LA MADRE: Estoy cansada, hija mía, nada más... Aspiro al descanso.

MARTA: Yo puedo hacer todo en la casa, si usted quiere. Así descansará el día entero.

LA MADRE: No me refiero a ese descanso. No, es una sueño de vieja. Sólo quiero paz, un poco de despreocupación. (*RIE DEBILMENTE*) Es estúpido decirlo, Marta, pero algunas noches casi me inclinaría a la religión.

MARTA: No es usted tan vieja, madre, para llegar a ese extremo; supongo que tiene algo mejor que hacer.

LA MADRE: Sabes que estoy bromeando, Marta. Pero bueno, al final de la vida bien puede una dejarse llevar. No es posible mantenerse siempre rígida y endurecerse como tu lo haces, Marta. Ni es propio de tu edad. Yo conozco muchas mujeres, nacidas el mismo año que tú, que sólo piensan en locuras.

MARTA: Sus locuras no son nada comparadas con las nuestras, usted lo sabe.

LA MADRE: No hablemos de eso.

MARTA (*LENTAMENTE*): Se diría que ahora hay palabras que le queman la boca.

LA MADRE: ¿Acaso no puedo arrepentirme? (*PAUSA*) Sólo quería decirte que a veces me gustaría verte sonreír.

MARTA: A veces pasa, se lo aseguro.

LA MADRE: Nunca lo he visto.

MARTA: Porque sonrío en mi cuarto, cuando estoy sola.

LA MADRE (*MIRANDOLA ATENTAMENTE*): ¡Qué rostro tan duro, Marta!

MARTA (*ACERCANDOSE Y CON CALMA*): ¿Así que no le gusta?

LA MADRE (*MIRANDOLA SIEMPRE Y LUEGO DE UN SILENCIO*): Creo que sí, a pesar de todo.

MARTA (*AGITADA*): ¡Ah, madre! Cuando hayamos juntado todo el dinero y podamos irnos de esta tierra sin horizonte, cuando dejemos atrás esta casa y esta ciudad lluviosa y olvidemos este país de sombra, el día en que por fin estemos frente al mar, con el que tanto he soñado, ese día me verá sonreír. Pero hace falta mucho dinero para vivir frente al mar. Por eso no hay que tener miedo a las palabras. Por eso debemos preocuparnos del que vendrá. Porque si es bastante rico, quizá mi libertad empieza con él.

LA MADRE: Si es rico y si está solo.

MARTA: Y si está solo, claro, porque el hombre solo es el que nos interesa. ¿Le habló mucho, madre?

LA MADRE: No. Dos frases en total.

MARTA: ¿Con qué cara le pidió la habitación?

LA MADRE: No sé. No veo muy bien y apenas le miré. Sé, por experiencia, que es preferible no mirarlos. Es más fácil matar lo que no se conoce. (*PAUSA*) Alégrate; ahora no tengo miedo de las palabras.

MARTA: Es mejor así. No me gustan las alusiones. El crimen es el crimen, hay que saber lo que se quiere. Y me parece que usted lo sabía, hace un rato, porque pensó en él cuando respondió al extranjero.

LA MADRE: No sé si lo pensé, Marta... es la costumbre, ni te imaginas la fuerza de la costumbre.